

MARATON DE CUENTOS

Un espacio tradicional en el litoral uruguayo, del escritor de nuestro depto. **Ademar Alvez**.

¿Qué te dejaron los Reyes?

Jorge abre los ojos y la primera imagen que se le presenta en la mente es la bicicleta. Salta de la cama con la agilidad propia de sus siete años recién cumplidos y las ansias de ver qué le dejaron los Reyes. Está seguro, convencido, parece que está viendo la bicicleta amarilla que estaba en la vidriera de lo Pagani. Esta bicicleta tanto tiempo añorada. Todo el año la pidió.

La madre le dijo al comenzar el año anterior, que si se portaba bien, los Reyes le regalarían la bicicleta. Es está seguro que se ha portado bien. Bueno... había comido algunas... pero, esas ya no se cuentan porque pidió perdón y prometió no hacerlas más. El padre también le prometió que si se portaba bien en la escuela y pasaba con buena nota, los Reyes le dejarían una bicicleta. Él pasó con Ste.

Además él le pidió a los Reyes muchas veces, que le dejaran la bici. Pero por sobre todo esto, él quería, sentía la necesidad de tenerla, por lo tanto, no había nada que impidiera poseerla.

Está seguro. No cabe en su tierna cabecita la idea, o la remota posibilidad de que no se cumpliera ese sueño sencillo y claro.

Para él es lógico, (aunque no lo supiera formular) que si su felicidad consistía en tener una bicicleta, ¿por qué no iba a ser feliz?

Se desprende el pijama casi con violencia. Se pone el pantalón a la carrera, mientras tanto se calza las zapatillas. Se coloca la remera al revés y la parte de atrás para adelante.

No importa. Cuando está terminado de ponérsela, ya está corriendo escalera abajo.

Choca contra una silla. Se le adormece el brazo del codazo que se dio contra la pared para no chocar con la mesa que se le cruzó en el camino. Entra en la cocina. Ve a la madre. Le pregunta con el poco aire que le queda de la precipitada carrera.

-¿Dónde está?

-Buenos días primero- dice la madre.

-Buenos días mamita, ¿adónde está?- Dice mientras rebusca por todos lados.

-¡Ay! Qué niño desconsiderado. ¿Cómo fue que te enseñé que tenías que decir la mañana?.

-Buenos días mamita, ¿Cómo amaneció?- Recita él.

-¿No me dás un beso?.

El le da y le dice- ¿Pero adónde está?

-¿A dónde está qué- Pregunta la madre divertida.

-La bicicleta.

Ella queda desconcertada hasta que cae en la cuenta. - Ah, querés ver que te dejaron los Reyes, ¿no?

-Sí, ¿adónde está?- Pregunta impaciente.

-Está en el living.- El se da media vuelta para salir corriendo. Ella lo toma de un brazo.

-Primero arréglate la ropa. ¡Estás hecho una calamidad! Lavate la cara. Pero qué niño más sucio y desprolijo.

A él no le hace mucha gracia eso. Cuando se da cuenta ya no está en la cocina, está en el baño. La madre le refriega la cara con agua fría, hasta dejarla colorada.

-Cómo te ibas a presentar a tu padre, ¡Hecho un asco!...

Apenas se ve libre de las garras maternales, se precipita al living. Escucha a medias las recomendaciones.

-¿Cuando entres dale un beso a papá primero, no seas maleducado.

Abre la puerta y entra como una tromba. Mira para todos lados. No ve la bicicleta. Ve a su padre de rodillas armando un trencito eléctrico. Corre hacia él. Se para de golpe. Mira y dice entrecortadamente con una voz distinta, nueva; la voz de la decepción, de la frustración.

-No es la bi- ci- cleee- ta...

Queda como clavado en el piso, no sabe en qué pensar. Lo único que sabe es que no es la bicicleta. Busca y rebusca en su cabecita, algo para tratar de encontrarle una explicación. No le surgen las ideas. No tiene con qué comparar, es algo nuevo para él.

Trata de ubicarse, hacerse a la nueva idea. Hasta ese momento, para él, Reyes era sinónimo de bicicleta amarilla.

Aprendiendo a leer (III)

Podríamos definir a la lectura como uno de los alimentos principales del cerebro. Pero ojo, así como no todo lo que ingerimos alimenta nuestro cuerpo, no todo lo que leemos nutre nuestro cerebro. Dejaremos para más adelante el seleccionar los «alimentos». Ahora veremos otra cosa.

Comer todos comemos, pero no todo lo que comemos es aceptado por nuestro organismo. Si sentamos a veinte personas alrededor de una mesa, frente al mismo manjar, veremos veinte diferentes formas de alimentarse. Están los que se atropellan sobre los platos «de entrada», como también los que empujan cada bocado con peligrosos trozos de pan. (Hay casos que llevan a admirar la elasticidad de la garganta o dudar del cumplimiento de las leyes de la física). Otros se inclinan hacia los líquidos con pequeños intervalos de sólidos. Están los lentos y remolones, como los ases del tenedor. Están los que dejan fuera de acción al gusto y al olfato en aras de la cantidad. Están los que se les pega y despega sufriblemente las dentaduras postizas, como los que se acuerdan del dentista solamente cuando sus caries conspiran contra el placer nutricional.

Si ponemos atención en la forma que ingerimos los alimentos, a partir de ahí, podríamos definir la personalidad de cada comensal. Nuestro masticar (o no) va mostrando al mesurado, nervioso, goloso, ventajero, impaciente, calculador, equilibrista, haragán, compañero, vergonzoso, educado, sobrio, desesperado...

Lo mismo pasa con los lectores. Por eso al principio no debemos hacer hincapié en la selección de materiales de lectura. Lo principal es aprender a leer. Todo médico dice que el aparato digestivo comienza en la boca. Nosotros decimos que debemos cuidar nuestros ojos y concurrir al oculista como quien va al dentista. Ojos sanos permite masticar correctamente cada palabra escrita. Esa «papilla» facilita el trabajo a los jugos gástricos cerebrales.